

Comentario a: *En busca del tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia 1750-1865*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.

Eduardo José Míguez

En busca de un tiempo Perdido no es un libro común, aunque sí, en muchos sentidos, un reflejo fiel del tipo de historia que Juan Carlos Garavaglia practicaba. La obra compilada junto con Raúl Fradkin reúne una serie de estudios originales, o ampliaciones y profundizaciones de estudios anteriores, sobre la economía de Buenos Aires durante la primera expansión agraria, en una perspectiva, en conjunto, de larga duración. La excepcionalidad del texto es que no se trata de los típicos artículos de publicaciones periódicas, con limitaciones de extensión y exigencias formales, o de las clásicas compilaciones de trabajos diversos. En casi todos los casos, los textos buscan dar cuenta del resultado de sólidas investigaciones dejando en claro métodos y fuentes, y detallando los resultados, de forma de establecer sólidos puntos de partida para investigaciones posteriores. En esto, asemeja más a la metodología de las ciencias físico-naturales, que se construyen con aportes fragmentarios, que a la intención frecuente en las sociales de generar textos que básicamente contienen su propia explicación. Aquí, cada trabajo responde a una visión integral de la evolución económica de la provincia que se había venido construyendo en las tres décadas previas. Y a su vez, aporta un elemento sólido para asentar pasos futuros que profundizaran esa visión y la llevaran a niveles más ricos y complejos. En este sentido, es un libro que refleja una concepción del trabajo historiográfico en la cual la pasión por profundizar el conocimiento prevalece en la lógica de la investigación. Por lo mismo, sus trabajos han sido y son de obligada referencia en el sucesivo avance en los diversos campos que abordó.

La obra está compuesta por siete trabajos, de seis autorías diferentes. El Grupo de Investigaciones en Historia Rural Rioplatense (GIHRR) de la universidad de Mar del Plata, integrado por 11 miembros, presenta un cuidadoso análisis del censo de la campaña en 1815; Juan Carlos Garavaglia aporta dos trabajos, uno sobre la evolución de la propiedad de la tierra desde la etapa colonial tardía hasta mediados del siglo XIX (1730-1852), y otro, abarcando aproximadamente el mismo período (1768-1854), sobre precios rurales. Miguel Ángel Rosal y Roberto Schmit analizan las exportaciones en la misma etapa (1768-1864), en tanto Raúl Fradkin aborda los contratos protocolizados del mundo rural ya para la etapa independiente (1820-1840). Jorge Gelman y Daniel Santilli publicaron aquí los primeros resultados de su extensa labor basada en los registros de contribución directa, analizando en este caso la diferenciación regional según los datos de 1839. Finalmente, el aporte de Alejandra Irigoin es de una naturaleza diferente. Ella analiza la relación entre la evolución monetaria y el desarrollo ganadero en esa clásica etapa que Tulio Halperín denominara “La expansión ganadera”, luego de 1820, extendiendo el estudio hasta la consolidación de la expansión lanar (1860). En tanto en todos los demás trabajos se destaca la sólida labor de fuentes originales y prima en los resultados una cuantificación lo más precisa posible de algunas variables básicas,¹ el de Irigoin más bien considera los conocimientos ya estantes (algunos de ellos, de sus trabajos anteriores), buscando ofrecer una nueva interpretación sobre el proceso en diálogo crítico con la bibliografía previa. Propone ideas muy sugerentes, presentadas en

¹ Por la naturaleza del tema, el de Fradkin es menos cuantitativo, pero comparte el enfoque empirista dominante en los otros trabajos.

términos por demás enfáticos. Sin duda, su presencia en esta obra da cuenta de la diversidad de perspectivas necesarias en la labor historiográfica.

En los demás artículos, el aire de familia que domina no viene solo del enfoque empírico. Es un reflejo de su inscripción en una tradición historiográfica que todos ellos – incluyendo el de Irigoien – filian en el clásico trabajo de Halperín aludido. Pero en realidad, aquel ensayo, y algún otro de los trabajos de ese autor de aquellos años, que enlazan con la primera parte de su *Revolución y Guerra*, forman más bien un antecedente de la eclosión de investigaciones sobre la economía agraria pampeana que se desató desde mediados de los años 1980. Se me permitirá un testimonio personal. Cuando en 1975 la universidad dejó de ser un espacio propicio para el progreso del conocimiento histórico, Enrique Tándeter organizó una “tertulia”, que se reunía los sábados a la mañana, para comentar trabajos de investigación. En ella Juan Carlos Garavaglia nos sorprendió poniendo en discusión la que era todavía la visión hegemónica de la pampa gauchesca. Era evidente que mientras continuaba con su trabajo seminal sobre la economía yerbatera, que sería su tesis de doctorado, estaba ya pensando en la necesidad de revisar la visión del mundo rural pampeano. Sin duda, la mirada relativamente fugaz de Halperín sobre el tema abría una perspectiva novedosa; pero faltaba un desarrollo más sistemático que acotara aquella visión romántica todavía notoria en obras como las de Emilio Coni, Fernando Assunção, Ricardo Rodríguez Molas, Richard Slatta, entre tantas otras. La tarea debería esperar hasta que el retorno democrático reabriera la universidad, y Juan Carlos pudiera regresar de su exilio. Entonces, fue seguramente el protagonista central de una dinámica que incluyó a varios historiadores ya formados pero aún jóvenes (en torno a los 40 años), que se volcaron al tema, y “cuya señal de largada” (más allá de que ya venían trabajando sobre el tema) fue aquella famosa polémica sobre el gaucho que el mismo Juan Carlos editara en el recién creado (por su iniciativa y bajo su dirección)) *Anuario IEHS*.

Otros se ocuparán en este volumen de analizar la evolución de esa trayectoria analítica. Lo que aquí me importa destacar es que allí se fundaba un núcleo problemático que de alguna forma, y más allá de muchos y ricos aportes, eclosionó años más tarde con lo que la introducción a “*En busca de un tiempo...*” denomina con justicia “*los mejores libros de la economía rural pampeana que se produjeron en los años 1990*”. Y que el núcleo unitario de ese libro deviene precisamente de esa tradición, que definía un haz de temas que era necesario considerar. Pero si el horizonte de problemas se inscribía en aquella tradición, el propósito de esta obra no era volver sobre sus logros. De alguna manera, los libros aludidos, publicados a fines de la década anterior,² cerraban una etapa del avance. Como su título insinuaba, el texto proponía una nueva búsqueda, que al aportar original y sólida información, abriera caminos distintos en aquel recorrido. Ya no alcanzaba con mostrar una sociedad compleja, con su estructura familiar, su producción diversificada, las migraciones internas, la diversidad de situaciones y escalas de la producción, y de los mercados. Un análisis más pormenorizado de la población, la estructura de la propiedad, los precios, las formas contractuales, los productos exportables, abría la posibilidad de un análisis que aludiera de manera más precisa a las fluctuaciones y transformaciones que el tiempo acarrearía a ese mundo, a sus variaciones regionales, a la articulación entre esa economía rural y la urbana, al papel del Estado en la conformación del mercado de tierras, y sus límites y condicionantes, al protagonismo de las mayorías en la conformación de las estructuras productivas.

² El más temprano es el de Carlos Mayo de 1995.

Analizar aquí los aportes específicos de cada uno de estos trabajos llevaría una extensión que excede lo razonable en esta obra, y tendría, por lo demás, un valor fundamentalmente historiográfico, ya que la continuidad de la labor en estos campos ha hecho que en la mayor parte de los casos, los aportes aquí reunidos hayan sido integrados junto a avances posteriores en cuerpos de conocimientos más amplios. Son así, hitos importantes de una trayectoria que ha seguido avanzando. Quisiera, sin embargo, destacar un aporte significativo por su repercusión posterior. La serie de precios elaborada a partir de la fuente de inventarios de sucesiones creo que ilustra claramente lo que venimos argumentando. La escasez de fuentes sobre precios para este período es notoria, y Garavaglia recurrió a la estimación de valor efectuada para la distribución de la herencia para crear una larga serie de precios de productos agrarios. Como el mismo reconoce, no se trata estrictamente de precios de mercado, pero el interés de los herederos en una adecuada evaluación de la herencia da credibilidad a los resultados. Esta serie, junto a alguna otra de Fernando Barba y una posterior de Martín Cuesta, han sido retomadas con frecuencia, por esta misma y otras escuelas historiográficas, para avanzar en el estudio de diversos aspectos, y en especial de salarios reales, condiciones de vida y accesibilidad a la tierra. Así, el trabajo ha constituido un bloque crucial en la construcción de un saber histórico que los trasciende. La inclusión del segundo anexo del trabajo, con detalles de las sucesiones utilizadas, es, por lo demás, en sí mismo un testimonio de solidaridad profesional, al poner al alcance de otros investigadores una valiosa información de trabajosa construcción.

Más allá de los aportes individuales de los trabajos, el conjunto destaca una serie de temas que la historiografía posterior se ha encargado de profundizar. Quizás el más notorio es el de las notables diferencias regionales dentro de la campaña bonaerense. Una zonificación que ya se ha constituido en clásica emerge de estas páginas, y da cuenta de la dinámica de un proceso de ocupación del espacio que tiene algunos rasgos comunes, determinados por condicionantes estructurales – relación de los factores de producción – y muchas determinaciones históricas – eso que los economistas han descubierto en tiempos relativamente recientes y gustan llamar *path dependence*. La historia económica que emerge de estas páginas se vuelve así sensible a la evolución de la política y las instituciones, sin apelar a formalizaciones que suelen tener resultados esquemáticos. En este sentido, la articulación de trabajos en una perspectiva que abarca desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX, propone una perspectiva poderosa, rompiendo varias barreras clásicas; 1778, 1810 y 1852. El trabajo de Rosal y Schmit cumple en este sentido un papel importante. Si bien ordenan su información con una periodización clásica, al reunir la etapa colonial con la independiente, permiten pensar de manera más ágil los procesos de cambios y continuidades, como emerge también en el trabajo de precios de Garavaglia, en su aporte sobre distribución de la tierra, y, ya para la etapa independiente, en las consideraciones de Irigoín sobre los efectos de la situación monetaria sobre la economía rural. Como destacan los editores, esto no implica un acuerdo generalizado sobre una cronología compleja, que presenta ritmos diversos según los temas y enfoques escogidos; aporta en cambio evidencia empírica para pensarlos.

La preocupación por pensar el proceso histórico menos encajonado en nichos cronológicos que esta obra anuncia, despegando un tanto de la obra anterior de esta tradición historiográfica, tendría continuidad en trabajos posteriores que emprendieron varios de sus cultores. Como también la tendría en otro punto importante que emerge de ella: la complejidad de las relaciones sociales. La estructura ocupacional estudiada por el GIHRR, la de la propiedad estudiada por Garavaglia, la de las inversiones, estudiada

por Gelman y Santilli, la de los contratos, estudiada por Fradkin, confluyen en mostrar una diversidad de formas de relación de capital y trabajo, una vez más, con notables variantes regionales.

En balance, *En busca de un tiempo perdido* marca un punto importante en la evolución del estudio de una economía de Buenos Aires que en definitiva, como emerge de estas páginas, era mucho menos “tradicional” de lo que la historiografía más antigua tendía a presuponer. Un punto de giro en una temática y un enfoque en el que Juan Carlos Garavaglia tuvo una influencia decisiva; un jalón en una trayectoria historiográfica que tiene mucho que legar a las generaciones que la sigan.